

Cubiertos estos de plumaje hermoso
Que al aire ondula las lucientes tintas,
Marchan resueltos, agitando en alto
De los macuáhuitls la obsidiana vítrea.

Suspense al hombro el escaupil, blanquísimo
Como es el copo de la nieve misma,
Vienen aquellos, sustentando el peso
De gruesas mazas ó elevadas picas.

Y mas allá, sujetos los cabellos
De numerosas, nacaradas cintas,
Otros, trayendo en las literas áureas
A los excelsos príncipes, se vian.

Cuitláhuac empuñaba con la diestra
El imperial pendon, que consistia
En un águila en acto de lanzarse
Al suelo, desde el éter suspendida,

Sosteniendo en sus garras por el lomo
Un tigre airado que impasible mira: ⁴²
Todo de oro puro, salpicado
De la mas exquisita pedrería.

(Representaba el águila altanera,
El Anáhuac guerrero, que la ira
Supo domar de sátrapas remotos
Que le llamaran á la lid un día.)

Al invicto Cuitláhuac decoraban
Las reales y bélicas insignias,
Discretamente entremezcladas ambas,
A darle magestad y bizarría.

Sobre su frente descollaba airoso
El penacho de plumas exquisitas,
Que allá arrancaban del crestón de oro
Que coronaba la luciente mitra. ⁴⁴

En la siniestra el prolongado cetro
Con soberana magestad blandía:
(A distincion del imperial, los reyes
Sustentaban por cetro, una varilla

Tambien de oro, sin cineel, ni piedras;
Mas, luciente por límpida y bruñida).
Coraza, en fin, de escamas de oro y plata
El atlético pecho le cubría.

Cuahutimótzin, sencillo en los arcos,
Estaba mas hermoso. En perlas finas
Consistian tan solo sus joyeles;
Mas prodigadas de la planta arriba,

En el régio coturno, en el plumaje
Que á su cintura esbelta se ceñía,
Sobre el peto, en los pulsos, en el manto,
Allá, por fin, en la cimera altava:

Recamos muy garbosos, que sentaban
De su plumaje en las ligeras tintas
De bellísimos verdes, esfumados
Sobre cándidos fondos de alta estima.

Combinacion tan séria, era en el jóven
De públicas jornadas favorita,
Porque, ay!... allá en mejores tiempos,
Esperanza, pureza, amor, decian!...

En Anáhuac los altos sacerdotes
Empuñaban tambien la javelina.
Xolotl, al frente de las gruesas haces,
Las habla, las exhorta, las anima. ⁴⁵

Su ancho manto de profundos pliegues,
Su túnica talar, su talla erguida,
Su blanca barba y luenga cabellera,
Su magestad, su grave bizarría,

Daban á aquel pontífice de Anáhuac
El aire de un profeta de la Siria.
De Galatea en los sagrados bosques
Se le juzgara un sátrapa druida.

Orozimbo, Teutlile, Zilicáztin
Y Tísoc, de costosa argentería
Y de plumaje blanco y bordaduras
De esmeraldas, zafiros, cornerinas,

Adornados estaban. Otros nobles
Ostentaban por armas ofensivas
Cascos de plata, escudos, y broqueles
De madera, incrustados de conchillas.

O armaduras que fieras simulaban
Hechas de pieles de las fieras mismas;
Mas rematando siempre las cimeras
En copos de plumaje y pedrería.

En la plaza imperial, juntas las huestes,
Cuitláhuac la batalla determina.
Cuatro legiones forma, reforzadas
De las siguientes armas ofensivas.

Dos mil flecheros cada cual; quinientos
Con aguzados palos y altas picas;
Tres mil que empuñan el macuáhuatl vítreo,
Tres mil con hondas, dardos, javelinas.

Teutlile, Zilicáztin, Orozimbo
Y Tísoc las columnas acaudillan.
Cuahutimóztin mandaba cien guerreros,
Blasones vivos de la gloria antigua,

Veteranos triunfantes en cien lides;
De sangrientas batallas las reliquias;
Príncipes todos, ú oficiales nobles
Condecorados de gloriosas cintas.

Con su gefe gentil, todos aquestos
Manejaban por arma favorita
La ponderosa clava, arma terrible
Que con aire de atletas esgrimian.

El conjunto era un mar en que ondeaban
Al blando aliento de la dulce brisa,
Bañados en el íris de las piedras,
Penachos mil de plumas exquisitas.

En el palacio de Cortés la gente
Se aprestaba tambien. De allí se vian
Los movimientos todos de Cuicláhuac:
Mas tembló el español por la ofensiva,

Y resolvió aguardar á que el azteca
El paso diese á la sangrienta riña.
Cortés, mezclando el sacrosanto dogma,
Hizo decir una solemne misa

En que, absuelto de todos sus pecados,
El soldado tomó la Eucaristía. ⁴⁶
Concluido lo cual, juntas las tropas,
Les habla así: “Valientes de Castilla:

“Dentro de unos instantes, á estos muros
“Arrastrará al azteca su osadía....
“¡Ay de vosotros si sus armas triunfan!....
“Mas el lauro alcanzad, y es su ruina.

“De nuestro Dios la sacrosanta causa,
“Y la del rey que la de Dios abriga,
“Y el ansiedad del oro y los diamantes
“Que enriquecieran las dichosas Indias,

“Os arrancó de los hogares patrios....
“Y hoy empuñais la cruz y la cuchilla....
“Y hoy, ó sereis señores del Anáhuac,
“O en sus altares rendireis las vidas.

“Empero yo, que á vuestro bien consagro,
“Oh fieles camaradas, mis vigalias,
“A defenderos guarnecí este asilo,
“Y héle ahí, al fin, que al orbe desafia.

“El foso y contrafoso, la estacada,
“Muros excelsos, puentes levadizas,
“Y ballestas, y espadas, y arcabuces,
“Armaduras de acero, artillería,

“ Y nueve mil aliados tlaxcaltecas,
 “ Y el esfuerzo, la union, la disciplina,
 “ El escollo serán en donde el indio
 “ Vendrá á estrellar su necia valentía.

“ Miserables! desnudos, desarmados,
 “ Sin táctica ni reglas de milicia,
 “ ¡Qué habrá de ser de ellos?—Lo que al soplo
 “ Es de Aquilon la adormidera altiva.

“ Mas si la suerte, adversa nos negare
 “ De su místico labio una sonrisa;
 “ Si en la gloriosa empresa que abrazamos
 “ Debe haber destruccion, y muerte, y ruina:

“ Vuestro caudillo soy, mas por el signo
 “ De redencion que en mis pendones brilla,
 “ Os juro derramar por vuestra sangre
 La postrimera gota de la mia.”

Dijo: y girando entre sus hondas órbitas
 Resplandecieron ígneas sus pupilas:
 Desnudó el lúmpio acero—y elevóse
 Un grito universal: ¡VIVA CASTILLA!

Fué la señal.—Las masas se adelantan:
 Truena el cañon, Tenochtitlan se cimbra:
 Hiende el aire una lluvia de saetas:
 Cruzan doquier las balas homicidas.

Los cadáveres cubren en momentos
 El ancha plaza, de su sangre tinta.
 Compactas haces de guerreros caen,
 Y nuevas sustituyen las caidas.

Que brotaban columnas y columnas
 De la abundosa sangre se diria;
 Pero todo lo arrasan instantáneos
 Los trece bronces, que á la vez fulminan.

Bajo los fuegos los aztecas toman
 Los terrados y alturas convecinas;
 Y arrojan desde ellos de saetas
 Tan espeso turbion, que oscurecia ⁴⁷

Del mismo sol la rubicunda esfera,
 Que allá asomaba en las distantes cimas.
 El fuerte Zilicátzin ocupaba
 Alguna de las casas mas contiguas;

Y se le vió, cual genio de venganza,
 Allá desde la frágil citarilla,
 Lanzar sin fin á dentro el muro hispano
 Pedrones de compacta sillería,

Desencajados de la gruesa fábrica
Del edificio, con sus manos mismas;
Los cuales al rodar sobre el recinto
Por un momento retemblar le hacian.

Teutlile al frente de los suyos, lanza,
Dardos, troncos y flechas encendidas,
Tízoc en tanto, y Orozimbo heróicos,
Poner la planta en la trinchera ansían.

Activo Cuahutimótzin, de vigones,
Para los fosos puentes improvisa,
Y con los suyos, á su hercúleo impulso,
Logra ponerlos en la opuesta orilla.

Las primeras murallas, que consisten
En maderas pesadas y macizas,
En un instante envuelven mil guerreros
Que de su sangre vienen á teñirlas.

Sucumbe la legion, y otras legiones
Sustituyen sin fin á las caídas:
Es horrorosa la matanza; el fuego
Doquier se alza en lenguas amarillas:

Y en medio los siniestros resplandores,
Entre el humo, y el polvo y las cenizas,
Nueva trinchera alzaban los cadáveres ⁴⁸
Delante la que el fuego consumia.

Empero sobre aquella penetraban
Falanges y falanges vengativas:
En ceniza tornado el ancho muro,
Penetrar al recinto permitia.

Y cual torrente, desbordado el cauce,
Que con ronco bramar se precipita,
Aluvion espantoso, cuyas ondas,
Borrado el linde, inundan la campiña;

De Cuahutimótzin, al glorioso ejemplo
Las gruesas haces el recinto pisan:
Los viles tlaxcaltecas le defienden,
Y aquestos, caras venderán sus vidas.



De Cuahutimoc los fieros veteranos
Doquier penetren, todo lo aniquilan;
Y del segundo muro, do los broncees
Antes sus rayos fulminado habian,

Ahora, en vano el español quisiera
Auxilio dar á las primeras filas:
Cortés empero, abandonando el fuerte,
Mil trescientos hispanos acaudilla,

Y al lugar del combate se desploma,
Cual de la nube la tonante chispa.
Las lanzas, las ballestas, las espadas
Se cruzan con el dardo y javelina.

Rompen doquier los bélicos corceles
Masas compactas y dobladas filas;
Cortés con sus osados capitanes
Hiere, deshace, rompe y acuchilla.

= A verle alcanza Cuahutimoc de lejos;
Cortés á Cuahutimótzin tambien mira;
Veinte corceles siguen al primero;
Cien veteranos tras el otro iban.=

¡Visteis dos negras y preñadas nubes
Que cargaron atmósferas distintas,
(Cual dos naves de guerra en el océano
Orladas de banderas enemigas)

Vagar, y acometerse, y recatarse
Del Ábrego en las alas sacudidas,
Hasta que chocan, braman, se incorporan
Y brota el rayo al fulminar su ira?

Pues tal de Hernan Cortés y Cuahutimótzin
Las terribles escoltas, se aproximan,
O se recatan, previniendo el golpe
A procurarse la total ruina.

Chocan, en fin; y los aceros se hundan,
Y crujen las corazas al herirlas
Las clavav ponderosas, cuyos golpes
Pavorosos los ecos repetían.

Aquí y allá bañadas en su sangre
Yacen en un momento veinte víctimas:
Cuahutimótzin, cual tigre, ora se arroja,
Ora esgrime la clava; ora reanima

Del moribundo el fugitivo espíritu,
Y le baña de lágrimas sencillas;
O acaso se aventura temerario
A las mas arriesgadas tentativas,

Como asirse á los piés de los corceles
Tendiendo á derribarles á porfía.
Bañado de su sangre, que brotaban
Muchas, aunque levísimas heridas,

Luchaba aún infatigable.... y ¡triste
Del desmontado que á sus piés caía!
Sin darle muerte, atado le enviaba....
¡Fieros los dioses reclamaban víctimas!....

= Cortés que alcanza á ver todo el estrago
Que hace el jóven en los suyos, grita:
"¡Acabe de una vez!" y á él se arroja
Con lanza en ristre, en medio de la riña.

A su ejemplo los suyos, como el rayo
Hacia el jóven tambien se precipitan.
Empero á aquel le adoran sus valientes
Y el pecho afrontan á salvar su vida.

Un puñado quedaban! mas resisten
La impetuosa, atroz caballería,
Cual resiste á las ondas del océano
Un dique de menudas arenillas.

Al redoblar los golpes de las mazas
Contra las armaduras brillantísimas,
Alguien en cambio al filo del acero,
De los corceles á los piés caía.

Por una parte, prevision, cordura,
Armas insuperables, disciplina;
Por la otra, valor, fuego guerrero,
Recuerdos gratos de la gloria antigua!

Cuahutimótzin, al ver que uno, á uno,
Todos sus compañeros sucumbian,
Se abre paso: con entrambas manos
La clava aferra; en alto suspendida

Ya va á caer sobre una frente! . . . empero,
Era la frente de Cortés maldita,
Que diez defienden con la espada! . . . en tanto
Que del bandido alzada la cuchilla

Va á traspasar el generoso pecho
Que en su noble furor la desafia.
= Mas ¡quién fué aquel anciano generoso,
Íncrito combatiente, en quien hundida

Está la lanza de Cortés? . . . en sangre
Que brota hirviendo á borbotones, tinta? . . .
¡Quién es aquel, exánime gigante,
Que comprara del príncipe la vida

A un precio tan subido? . . . ¡Fiel Teutlile!
Oh! eras tú!—Cortés que lo veía
Atónito dudaba! . . . Un bando y otro
Triste contempla aquella faz marchita!

= Hay rasgos que á los tigres detuvieran
El salto al dar sobre la infausta víctima:
Así un momento se suspende el brio,
Y al pasmo ceden las cruentas iras.

Mas la reaccion es horrorosa. El príncipe
En cuyos brazos el guerrero espira,
Se monta en cólera terrible. Aferra
De nuevo aquella clava pesadísima,

Y cual leon en medio de los bosques,
Esgrime, hiere, mata y aniquila.
Se concentran las haces españolas—
Vienen á él sus huestes esparcidas . . .

Y ejército y ejército se chocan;
Y crujen ambas masas,—cual un día,
Chocándose los astros con los astros,
Al orbe anuncien que se hará cenizas.

Cuitláhuac, que valúa el alto riesgo
Que su hijo ternísimo corria,
Una legion conduce, la que brecha
Abriendo en las legiones enemigas,

Da paso á Zilicátzin, á Orozimbo
Y á Tízoc, con los gruesos que acaudillan:
Cuahutimoc á Cuitláhuac reconoce,
Y hácia él vuela á defender su vida;

Porque el incauto general, el éxito
Con un arrojo tal comprometia.
=En tanto el fiero orgullo del hispano
Iba cediendo; su arrogancia altiva

Ya flaqueaba al ver tanto heroismo;
Sin embargo de muertes infinitas,
Y excelsos muros, y templadas mallas,
Rayos tonantes y aceradas picas.

Un esfuerzo no mas, y el fiero azteca
En su asilo postrer les aniquila! . . .
Un esfuerzo no mas, y doma el águila
Al leon altanero de Castilla! ⁴⁹

Veinte mil combatientes mexicanos
En la refriega sucumbido habian:
¡Mas qué importa, si faltan cien bandidos
Y cuatro mil aliados fraticidas?

De nuevo cobra brio el mexicano:
Sustituyen ejércitos las filas;
“Venganza!” claman las airadas masas. . . .
Tenochtitlan, ¡“Venganza!” repetia.

Tiembla el hispano, y el partido toma
De estrechar con promesas y porfía,
Y amenazas y halagos, al monarca, ⁵⁰
A presentarse con su pompa antigua,

Y convencer al pueblo: De que libre,
Moraba en su amistosa compañía
En el palacio de su padre, á causa
De mutuas é inocentes simpatías;

Y que Cortés en fin, en el Anáhuac
No ejercitaba sus tremendas iras
Sino en propia defensa, y en venganza
Del tratamiento hostil que recibia.

El monarca, torciéndose las manos,
Puesta en la tierra la imperial rodilla,
“Malíntzin” exclamaba, “dame muerte,
“Traspasa aqúeste seno parricida,

“ Mas no me agovies con infamias nuevas;
 “ N6 mas degradacion, n6 mas mentira.
 “ El pueblo clama libertad! y un pueblo
 “ Que se lanza á morir por conseguirla,
 “ Digno es de ella; y á extinguir su fuego,
 Nunca osaré con las palabras mias. ”
 —Cortés le replicó: “ Sátrapa indigno!
 “ O contendrás al pueblo,—ó en cenizas
 “ Tornaré tus palacios y tus templos,
 “ Tus ciudades y reinos que dominas....
 “ Y en mi venganza, niños y mugeres,
 “ Febles ancianos y doncellas tímidas
 “ Sucumbirán en medio de las llamas,
 “ Si les cupo escapar á mi cuchilla!....
 “ ¡Borrando, hasta los rastros de un imperio
 Que el señor de cien pueblos se decia! ”

.....

El monarca infeliz, bañado en lágrimas,
 Inquieto, delirante, le suplica....
 Y ora á sus plantas se arrastraba, y ora
 En el tapiz su rostro confundia.

=Mas de súbito eleva poseido
 La excelsa frente: las reales ínfulas
 Se reviste, y á pasos gigantados
 Sale á la plataforma; do domina

La multitud, que al muro se azotaba,
 Cual se azota la mar embravecida.
 —Mas aquellos guerreros implacables
 Que al orbe amenazaban en su ira,

Apenas le distinguen, y postrados
 Caen simultáneos, con la faz contrita,
 Como la frágil, temerosa caña
 Del rio al márgen, por el rayo herida.

Alguien en pié permaneciera, empero;
 Cuahutim6tzin altivo, cuya vista
 Giraba en torno ardiendo centellante,
 Como lanzando vengadoras chispas.

Moteuczoma dirige la palabra
 Al engañado pueblo, que se humilla
 Ante un sátrapa indigno que le vende,
 Ante un cobarde rey que le mancilla.

.....

Sobre sus sienes la imperial diadema
 Do prefulgen las piedras brillantísimas;
 El manto azul, orlado de recamos,
 Y perlas que su fondo guarnecian

Pendiendo de sus hombros; y el coturno,
 Con las demas magníficas insignias
 Que revelaban su elevado puesto
 Y el preclaro fulgor de su familia,

Recordaban los tiempos venturosos
 De opulencia y de gloria, en que su vista
 De un polo al otro dilató diciendo:
 "A allá se extiende la influencia mia!"

.....

=Mas, ah! que el mismo pueblo que doblara
 A su sola presencia la rodilla,
 Luego que escucha "que á Malíntzin ama,
 Y que á paz ominosa les convida,"

Se enciende, se levanta, alza un rugido:
 Cruje, como los vientos, cuando silban
 En los coposos árboles del bosque
 Y arrancan de raíz altas encinas.

=Insiste Moteuczoma; mas le acalla
 Una voz varonil, clara y distinta
 Que "cobarde" le dice, "entre tus manos
 "Fuera mejor la rueca femenina,"⁵¹

"Que el cetro de un imperio floreciente,
 "De una nacion guerrera que imponia
 "Sus leyes, de do brota el sol brillando,
 A do su esfera posa, encandencida!"

No se escuchara mas: una saeta
 Abrió en su seno ensangrentada herida,
 E hirió su frente una silbante piedra,⁵²
 De entre la airada multitud venidas.

Tambaleó el infausto, y en su sangre
 Cayó anegado. Las reales ínfulas
 Y las piedras preciosas; deslustradas,
 Al través de la sangre se veían.



El pueblo, acostumbrado á respetarle,
 Viéndole moribundo, se horroriza:
 Y los pechos golpean, cual queriendo
 Desgarrar las entrañas regicidas.



Poco despues, entre lamentos, luto,
 Llanto, consternacion y gritería,
 Huyen, por fin, de la espantosa imágen,
 Que allá en sus mentes, maldicion fulmina.

